

recen sus obras." Apartemos, pues, de nosotros todo acto de soberbia, de odio, de avaricia, de envidia: desprendámonos del amor desordenado de las criaturas, refrenemos los apetitos de la carne, y no demos lugar á la pasión de ira y venganza. Busquemos la verdadera paz, paz con Dios, paz con nosotros mismos y paz con nuestros prójimos: paz del corazón con que complaciendo á Jesucristo en esta vida, nos transferirá á gozar de su presencia en la eterna gloria. Así SEA.

## SERMON

DE

### LA INSTITUCION DE LA SANTA EUCARISTIA

PARA EL

### JUEVES SANTO

Hoc est Corpus meum: Hic est calix novum testamentum in sanguine meo.  
 "Este es mi Cuerpo: Este cáliz es la nueva alianza en mi Sangre"  
 S. Lucas, Cap. XXII, vs 19 y 20.

Bien hubiera podido un puro hombre enviado de Dios, hacer todos ó cualquiera de los milagros que obró Jesucristo, durante el tiempo de su vida mortal sobre la tierra: resucitar muertos, sanar enfermos, mandar á los elementos y lanzar á los demonios, lo han ejecutado muchas veces los Santos, según ha convenido á los altos fines de la Divina Providencia. Pero ponerse el Señor nuestro Salvador en la Santa Eucaristía con presencia real de su Cuerpo, de su Sangre y de su Alma, unidos hipostáticamente á la Divinidad, este sí que es el prodigio de prodigios, que

solamente estaba reservado á un Dios. Por eso San Juan desde el principio de la Sagrada Cena nos habla de la omnipotencia de Jesus, "en cuyas manos le habia puesto el Padre todas las cosas, y que habia salido de Dios, y á Dios volvía." Con este mismo poder constituyó á sus Apóstoles y á sus sucesores nuevos Sacerdotes del testamento eterno, y en fuerza de esta potestad que se le dió en el cielo y en la tierra, los estableció despues de resucitado ilustres pregoneros de su doctrina, y ministros del Sacramento del Bautismo. Al explicarse, pues, de esta suerte, teniendo el pan en sus sacratísimas manos: "Este es mi Cuerpo:" y al pronunciar estas otras expresiones, tomado el cáliz con el vino: "Esta es mi Sangre de la nueva alianza:" no podemos dejar de creer la realidad de su Cuerpo y Sangre en el Sacramento autonomicamente Santo. En virtud de tan claras, formales y terminantes palabras, ¿no estamos obligados estrechamente á confesar la unidad del Sacerdote y de la Víctima, del Altar y del Sacrificio, del donante y de su don, y en todo esto la prueba mas grande de su Divinidad! ¡Ah! Dudarlo siquiera seria una infidelidad. *Hoc est Corpus meum: Hic est calix novum testamentum in Sanguine meo.*

Dos volcanes ó incendios de amor, como contrarios entre sí luchaban en el corazon de Jesucristo, al instituir la Sagrada Eucaristía. Debía ascender á los cielos para cumplir con la voluntad de su Padre; pero de tal modo, que llevase su alma unida á su Cuerpo natural, glorioso y resplandeciente, y tomase asiento á su derecha en su Sacrosanta y visible Humanidad, por premio de su pasion y muerte. Quería tambien

quedarse con los hombres á quienes amaba con una caridad perpetua; mas en el estado de gloria á que iba á pasar, los deslumbraria necesariamente su grandeza, y no podrian aguantar su presencia. En los infinitos arbitrios de su poder, en los abismos de su sabiduría y en los excesos de su bondad halla, sin embargo, un medio para disfrazarse en otro traje, y permanecer con los hombres hasta la consumacion de los siglos. Bajo la nube de los accidentes, bajo las apariencias de pan y vino, nos deja, pues, su propio Cuerpo y su propia Sangre, para que hagamos plato de ellos, sin que los sentidos puedan alcanzar á percibirles distintamente.

Como que el Verbo Eterno Humanado "es el camino, la verdad y la vida," sustenta á los Angeles y á toda la corte del cielo hasta de su misma Carne en el estado de perfeccion y bienaventuranza, por la inteligencia de sus misterios, y por la participacion de sus dones: sustenta igualmente á los mortales sobre la tierra, "trasformado en manjar de leche, en expresion de San Agustin, para criarnos á sus pechos, infundirnos aliento y confianza, y hacérsenos accesible." Así como el antiguo José mandó que se sirviese la comida á los Egipcios y á los Hebreos con separacion de unos y otros, pero de unas mismas viandas; así tambien Jesucristo alimenta á los Espíritus celestiales y almas santas, y tambien á los hombres en el estado de viadores por sí mismo, y de sí mismo aunque de diverso modo. De aquellos se deja ver y gozar claramente: de éstos solo permite ser conocido por la luz de la fe y gustarse en la realidad, dándonos bondadosamente por garantés los efectos de su gracia.

Por consiguiente, Jesucristo lleno de vida está con nosotros, bien que oculto bajo las especies sacramentales, para comunicarnos su vida divina, vida eterna, vida del alma. Esta breve proposición que he elegido por punto general de mi discurso, nos alumbrará para contemplar la verdad de este Augusto Sacramento, y para admirar el imponderable beneficio de su comunicación á los fieles con los frutos de la justicia y santidad. Dios Omnipotente é incomprensible, que os habeis anonadado hasta encerraros en la pequeñez de esa hostia consagrada; comunicadme por intercesión de vuestra Santísima Madre, desde ese trono de vuestra misericordia y de vuestra gloria, un auxilio de la gracia, á fin de elogiaros con acierto, y de cooperar en lo posible á la salud de las almas.

Ave María.

"Este es mi Cuerpo: Este caliz es la nueva alianza en mi Sangre."  
S. Lucas, cap. y vers. citados.

El mismo Señor nos ha asegurado en el Evangelio, que él es el Pan de vida, y que se nos da á comer en el Augusto Sacramento para darnos la vida. "Si alguno comiere de este Pan, dice, vivirá eternamente. Y el pan que yo os daré, es mi Carne por la salud del mundo. El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene la vida eterna." Ya veis, señores, que por una misma cosa entiende el pan eucarístico, ó su Carne, y el vino que engendra vírgenes, ó su Sangre. En confirmación de este sentido tan manifiesto, ninguna otra cosa mejor se podrá añadir que estas otras sus

divinas palabras: "Mi Carne verdaderamente es comida, y mi Sangre verdaderamente es bebida." Por manera, que la vida que es Jesucristo, está presente por modo de manjar y de bebida en la hostia santificada, ó en su Carne y en el vino consagrado del cáliz de salud, ó en su Sangre. Así también hace participar á los Cristianos de la vida en esta Sagrada Mesa, es decir, con un Pan que ya no es pan, sino su Carne; y con un Vino que ya no es vino, sino su Sangre. Para mayor claridad asentaré estas dos breves proposiciones que encierran los mismos conceptos. Primera: El CUERPO Y SANGRE de Jesucristo están real y verdaderamente en la SANTA EUCARISTIA, bajo las especies de pan y vino. Segunda: El CUERPO Y SANGRE de Jesucristo se reciben en la SAGRADA COMUNION, bajo los mismos accidentes, para alimento de nuestras almas. Voy á demostrarlo.

## PRIMERA PARTE

Después de haber explicado Jesucristo á los carnalitas, cuál era la fe que les pedía para comer el pan que les había prometido, les inculcaba lo mismo que ya les había dicho antes: "Yo soy el pan vivo que he venido del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente. El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día." Fundado en la patentísima significación de estos textos, y en fuerza de las palabras de la institución, enseña y confiesa clara y sencillamente el

Sagrado Concilio de Trento: "que despues de la consagracion del pan y del vino, se contiene en el saludable Sacramento de la Santa Eucaristía, verdadera, real y substancialmente nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y Hombre, bajo las especies de aquellas cosas sensibles." De tal suerte, que segun lo ha creído perpetuamente la Iglesia de Dios, y declara de nuevo el mismo Santo Concilio: "toda la substancia del pan se convierte en la substancia del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y toda la substancia del vino en la substancia de su Sangre." Define ademas, que nuestro Salvador quiso que se recibiese este Sacramento como un manjar espiritual de las almas, con el que se alimentasen y confortasen los que viven por la vida del mismo Jesucristo." Dos cosas, pues, se pueden deducir principalmente de esta invariable doctrina, esto es, la presencia real del Cuerpo y Sangre de Jesucristo bajo los símbolos eucarísticos, y su asistencia sacramental é inefable para con nosotros, segun su propia substancia y no segun el modo natural de existir.

"El pan y vino que ofreció Melquisedec á Dios, representaban solamente, como dice Santo Tomas de Aquino, el pan y vino que se ofrece en el sacrificio del Altar, pero antes de la consagracion." "El maná que contenia en sí la suavidad de todo sabor," como se lee en el Libro de la Sabiduría, era no mas que sombra de la gracia de este Sacramento, que renueva en un todo á el alma. Todos los sacrificios del antiguo Testamento, y principalmente el de la expiacion que era solemnisimo, figuraban al de la Eucaristía, en que se contiene Jesucristo bajo las señales sacramentales en

un estado de muerte. Pero la inmolacion del cordero pascual prefiguraba en todas sus partes á este Augusto Sacramento y Sacrificio, obra la mas grandiosa que pudiese franquearnos la mano del Todopoderoso, y que fuese la mayor prueba de su amor. Sí, los judíos comian de aquel cordero con panes ácimos, segun lo que se dice en el Exodo: "Comerán carnes y panes ácimos." Puntualmente el pan ácimo ó sin levadura es el de que usa la Iglesia Latina para consagrar en el Santo Sacrificio de la Misa. Para designar al verdadero Cordero sin mancha, se inmolaba aquel cordero legal por toda la multitud de los hijos de Israel, en la luna catorce de Marzo, porque precisamente en ese tiempo se habia de dar á gustar Jesucristo en manjar y en bebida, y se habia de ofrecer en la Cruz. ¡Qué mas! La sangre de aquel cordero irracional libertó á los Israelitas del brazo fuerte del Ángel exterminador, para anunciar los efectos sobrenaturales de la Sangre preciosa del Cordero omniscio é inocentísimo que nos libra de la ira de Dios, y de la cautividad del demonio. ¡Cómo, pues, se han atrevido á defender los herejes, que Jesucristo solamente está en figura en la Santa Eucaristía! ¡Oh qué ceguedad! ¡Oh qué presuncion! Si este Sacramento es incomprendible, esto tiene de comun con los demas misterios. Aquí no hemos de creer á nuestros sentidos, segun nos lo advierten los Santos Padres; antes bien, debemos escuchar únicamente á nuestra fe y prestar todo nuestro asenso á la palabra del que ha dicho: "Hágase la luz."

Ademas, para cumplir nuestro Salvador con la ley, comió con sus discípulos del cordero pascual, é inme-

diatamente despues de la celebracion de esta antigua Pascua instituyó la nueva. Entre sus mismas manos puso su Cuerpo y Sangre presentes, bajo de signos determinados, y para que no cesase el Sacrificio, hizo partícipes á sus apóstoles y demas sucesores de la potestad de su sacerdocio eterno. Ahora, siendo aquel cordero del tiempo del culto de Israel figura de Jesucristo, y siendo el pan y vino consagrados, segun la creencia de los falsos dogmatizadores, imágen desnuda ó semejanza vacía del mismo Jesucristo, se seguiria de su absurda doctrina, que no se substituyó la realidad á la figura, sino la figura á la figura, y su propio pensamiento á la operacion de Dios. ¡Oh error enormísimo del entendimiento del hombre! ¡Oh tósigo fatal que ha muerto á tantas almas! Pero volteando esta hoja que infunde horror, y ya que hablo ante un concurso de católicos, que cifran su mayor felicidad en la fe, adoracion y recepcion de este Santísimo Sacramento, solamente diré, que la realidad del Cuerpo y Sangre de Cristo, así convenia para que fuese la perfeccion de todos los antiguos sacrificios: que á la manera que, segun San Mateo, se concederá por premio de la bienaventuranza, "que donde estuviere el cuerpo allí se congregarán las águilas;" así tambien por su infinita caridad no nos destituye, sino que nos ensalza y enriquece en esta peregrinacion, con la presencia real y verdadera de su Carne y de su Sangre, y que como la fe es de las cosas invisibles, así como nos da á su Divinidad de una manera invisible, así tambien nos da á su Humanidad en este Sacramento de un modo maravilloso é invisible.

Este modo singular con que Jesucristo está en la

Eucaristía no tiene igual en la naturaleza, no admite comparacion, y es del todo inesplicable. La Iglesia enseñó en el Santo Concilio de Trento, "que Jesucristo está todo entero bajo cada una de las especies, y todo entero bajo cada parte, cuando se dividen las especies." No declaró si está allí su Cuerpo y Sangre á la manera de los espíritus ó de los cuerpos, si sus partes son penetrables ó impenetrables, si está con extension ó sin ella. Tampoco prohibe á los Teólogos que concilien este misterio con los sistemas de los filósofos, cosa que parece no conseguirán jamas. Nada es mas incierto que las definiciones de estos respecto á la esencia ó substancia de los cuerpos, y ademas de no estar acordes sobre este punto, de siglo en siglo cambian de opiniones. Lo cierto es, que Jesucristo no está bajo los antítipos sacramentales de un modo natural, porque ni ve, ni oye, ni siente, ni ejerce alguna de las funciones de un cuerpo natural, visible, y con sus propias dimensiones. Está, pues, substancialmente, sin que podamos concebir, sino apenas expresar con las palabras, cómo se halla desnudo de las cualidades sensibles, y cómo los accidentes de pan y de vino subsisten sin la substancia. Bien sabe un naturalista, que un árbol muy robusto se contiene en una semilla casi imperceptible á la vista, que en un feto se contiene tambien un carnero, un buey, un leon, un elefante, un hombre. Estos ejemplos, aunque imperfectos, deben servirnos de luz para acreditararnos la presencia substancial de Jesucristo bajo las sagradas especies. Hasta ahora no podemos conocer siquiera lo que es la substancia de los cuerpos, distinta ó separada de toda cualidad sensible. Resulta desde luego, que este Sacra-

mento es un arcano muy oculto así para los filósofos, como para los cristianos y para todos los mortales, cuyo raciocinio no puede penetrarlo.

Creamos, pues, al Evangelio, que contiene la palabra de Jesucristo, que es un agente infinito. Confesemos su real y soberana presencia en el Augusto Sacramento, coloquémosle sobre nuestros Altares donde no menos merece el culto supremo que en el Empíreo: conservémosle en nuestros Tabernáculos, llévese en procesion pública por las calles, bendígase con esta hostia de propiciacion y de salud al pueblo, y tributémosle nuestras adoraciones. Pero sobre todo, recibámosle con una conveniente preparacion para obtener la vida que comunica.

## SEGUNDA PARTE

“¡Por ventura, dice San Pablo, el cáliz que nosotros bendecimos, no es la comunion de la Sangre de Jesucristo; y el pan que nosotros partimos, no es la participacion del Cuerpo de Jesucristo! Nosotros somos todos un solo pan y un solo cuerpo, todos los que participamos del mismo pan y del mismo cáliz.” Tal es la excelencia de la comunion eucaristica ó sacramental, accion la mas augusta y la mas sagrada de nuestra religion, cuya virtud se expresa evidentemente en esta promesa del Divino Jesus: “El que come mi Carne y bebe mi Sangre, en mí mora y yo en él.”

¡Qué gracias! ¡qué bendiciones! ¡qué frutos copiosísimos no produce esta divina comunion....! La comunion de fe, la comunion católica con la cual muchas personas, aunque diseminadas por todo el orbe, se reunen en creencia uniforme, teniendo unos mismos Sacramentos, una misma moral y un mismo culto; viviendo bajo un solo Gefe, que es el Sumo Pontífice, y reconociendo un solo centro, que es la Iglesia de Roma, ó la Santa Sede, ¿de dónde proviene sino de la comunion sacramental? La comunion de los Santos, que es la union de las tres Iglesias, triunfante, militante y purgante, cuyo Pontífice invisible es Jesucristo, el Papa su Vicario el Pontífice visible, y sus miembros enlazados entre sí por los vínculos de la caridad, ¿no es una consecuencia de la participacion del Cuerpo y de la Sangre del Señor? Aunque este Sacramento no fué instituido para perdonar los pecados mortales, ¿no es verdad que estos se le borran al hombre con el voto de su recepcion? En una palabra, toda gracia, toda santidad, toda union y toda felicidad dimanan de este manantial inagotable, en que están presentes la Carne y Sangre del Cordero vivificadas por la Divinidad; y con la que santifican, consagran y divinizan nuestra carne y nuestras almas. Ahora bien, en medio de tantos, tan dignos é importantes objetos sobre quienes no acierto á escoger; me ceñiré únicamente á tratar de la gracia y de la bienaventuranza, como efectos generales de la Sagrada Comunion eucaristica, ya que no es posible extenderse á mas.

El primero y principal efecto de esta Santa Comunion, segun la doctrina del Doctor Angélico de que me he valido, consiste en que en ella se contiene Je-

sucristo, que es el Autor de la vida. ¡Ah! No pudo dar el Señor otra prenda mas preciosa y segura de su predileccion á los hombres, que este celestial convite en que ha derramado á manos llenas todas sus riquezas. Para recomendarnos los imponderables dones de su gracia, nos ha dicho él mismo por San Juan: "El que me come, vivirá por mí." Y ciertamente todos vemos á una persona que comulga, pero no vemos la viveza de su fe, la excelencia de su esperanza, el ardor de su caridad y la paz de su corazon. Solo ella sabe las luces, las comunicaciones, los carismas y las dulces consolaciones que recibe de su casto esposo. Solo ella gusta en silencio del manjar mas delicioso que la miel que destila, y cuyos frutos ni creen, ni conocen y ni aun sospechan las almas mundanas. El segundo efecto de este Sacramento se deriva, de que es un recuerdo y una memoria eterna de su pasion, de manera que con él anunciamos su muerte, hasta que él mismo venga á juzgar al mundo. Todo el bien que hizo en todo el orbe la pasion de Cristo, lo causa tambien la Santa Eucaristía en cada hombre. "Porque de aquí tienen principio los sagrados misterios, dice el Crisóstomo, esto es, de que te hayas acercado al tremendo cáliz, como si hubieras de beber del mismo costado de Cristo." Justamente para asegurarnos de esta verdad, nos dijo nuestro Salvador con expresá mención del perdón de los pecados: "Esta es mi Sangre de la nueva alianza, que se derramará por vosotros y por muchos, para remision de los pecados."

El tercer efecto de la percepcion del Cuerpo y Sangre del Cordero Sacramento se designa, en que se

nos da á gustar por modo de comida y de bebida. Lo que obra el alimento material en nuestro cuerpo en órden á la vida natural, lo causa tambien este divino Sacramento en órden á la vida espiritual. Si aquella comida y bebida sustenta, aumenta, repara y deleita, el delicadísimo manjar y el licor precioso de la Sangre de Cristo, mitigan los deseos y el tormento que ocasionan la hambre y la sed; nutren, fortalecen el espíritu, le hacen crecer y derraman sobre él una dulzura inefable. El cuarto efecto de este inestimable convite se considera de parte de las especies mismas, en que se administra. ¡Oh! "Nuestro Señor Jesucristo, segun dice San Agustin, recomendó su Cuerpo y Sangre en aquellas cosas que se reducen á alguna unidad de muchas. Porque lo uno, que es el pan, consta de una sola cosa de muchos granos: lo otro, que es el vino, se reúne en un solo fluido de muchas bayas de vid." He aquí, pues, cómo los mismos accidentes sacramentales, significan los multiplicados efectos de la gracia que produce la comunión. Sí, la unidad de todos los fieles con Jesucristo, en quien creemos y á quien le comemos, segun el mandato que nos ha dado; la union de la caridad, que es la mas grande, la mas íntima, la mas continua y eterna, no podian estar mejor representadas que verificadas. En suma, de esta fuente inexhausta y de sus caudalosas corrientes de aguas de vida, comunicamos toda vez que comemos la Carne y bebemos la Sangre del Hijo de Dios. "¡Oh Sacramento de piedad, diré con el citado Padre San Agustin! ¡Oh símbolo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad!"

Por otra parte, en la comunicacion de la Sagrada

Mesa se nos da una prenda de la gloria eterna, como lo expresó el Señor en sus mismas palabras. Pero el mayor fundamento sobre que se apoya este suspirado arribo á la eternidad dichosa, estriba en que es una misma la víctima del sacrificio de la Cruz y del Altar. No hay mas diferencia, sino que en el uno se ofreció con una muerte real, dolorosa y sangrienta, y en el otro con una muerte mística, libre de dolor, é incruenta. Mas como dice el Apóstol, "Jesucristo es el mediador del Testamento nuevo, para que mediante su muerte reciban los que son llamados la herencia eterna que les ha prometido." Luego el mismo efecto obra este augusto Sacramento; quiero decir, el de hacerles entrar en la patria del cielo. Y ciertamente, con toda claridad nos aseguró el Salvador acerca de la consecucion de este último é inestimable bien en las palabras de la consagracion del vino, que están concebidas en esta forma: "Este es el cáliz de mi sangre, del nuevo y eterno Testamento."

Con todo eso, la refeccion del manjar espiritual y la unidad representada por las especies de pan y vino, aunque se logran en la vida presente, siempre que se comulga con la debida preparacion, es solamente de un modo imperfecto: en el estado de gloria llegará á ser omnívoda y completamente delectable. Supuesto que los hombres apetecen la comida y la bebida, como dice San Agustín, para no tener hambre ni sed, esto verdaderamente no se cumple sino con este manjar y esta bebida que hacen inmortales é incorruptibles á quienes los reciben en la sociedad de los Santos, en donde habrá paz y unidad plena y perfecta. Ved aquí la eficacia de la comunión, con que se nos

da la simiente, que ni la muerte ni la corrupcion del sepulcro podrán destruir. Mucho mas el Sagrado Viático, triunfando victoriosamente del extremo pasaje, hará desenredarse en el último día por medio de una resurreccion gloriosa. "Aquel pan, y un vaso de agua con que, segun leemos en el Libro tercero de los Reyes, fortificado el Profeta Elías, caminó cuarenta dias y cuarenta noches hasta que llegó á Horéb, monte de Dios," fué nada mas que un pronóstico del robustísimo Pan de los Angeles, que trasfiere á los hombres justos hasta la santa y muy elevada montaña de Sion. No obstante que nuestros cuerpos han de morir, y nuestras almas son inmortales por su naturaleza, la Sagrada Eucaristía les confiere una inmortalidad sobrenatural. "Todos resucitarán, como asegura San Pablo, los malos para ser condenados, y los buenos para ser premiados." Pero aquellos que habrán comulgado dignamente, tendrán un título especial para la vida bienaventurada en virtud de la Carne y de la Sangre del Cordero, con que se habrán alimentado.

¡He! Concluyamos resumiendo con estas palabras de nuestro Salvador: "Si no comiereis la Carne del Hijo del hombre, y bebiereis su Sangre no tendréis vida en vosotros." Comer su Carne y beber su Sangre, son expresiones que jamas abandona Jesucristo, sino que repite muchas veces cuando trata de este adorable Sacramento. No para que pensemos alimentarnos con su Carne y con su Sangre en su propia especie, como entendieron los judíos, esto es, de la manera que se despedaza la carne de un cadáver y se vende en un sifio público, como expresa San Agustín, sino para que veamos ilustrados con la luz de la



fe, que real y verdaderamente le gustamos bajo las especies sacramentales en que está presente, para que recibíendole de este modo y con la condicion de estar prevenidos con la inocencia, nos dé la vida. Esta es, pues, la consecuencia necesaria que se infiere del enlace de los sublimes conceptos del Señor nuestro Dios y Salvador, respecto á tan insigne y espléndido convite. A este fin fué disponiendo poco á poco y de tiempo en tiempo á sus Apóstoles y demas discípulos, hasta que todo lo cumplió en la institucion de este sagrado pan y vino eucarísticos: *Hoc est Corpus meum. Hic est calix novum testamentum in Sanguine meo.*

Belleza eterna, santa y misteriosa hostia, Jesus Divino, vivo y presente en nuestros Altares, así os creemos y os confesamos firmemente en ese supremo y el mas encantador de vuestros Sacramentos. Vos deramais todas vuestras delicias y bienaventuradas influencias sobre las almas que son dignas de vuestro amor. ¡Qué os retribuirémos, os preguntarémos con David, por los favores con que nos habeis colmado? ¡Ah! Tomarémos vuestro cáliz de salud, recibirémos vuestro Sacrosanto Cuerpo y Sangre, os alabarémos y bendecirémos por siempre. ¡Oh amantes fervorosos de la vida que muchas veces pasais una vida triste, pesada y llena de aflicciones: que gemís cercados de una multitud de preocupaciones serias y memorias amargas, y que mas que todo os acusa y remuerde la conciencia del pecado, aquí encontraréis la vida! No hay sobre la tierra otro maná, que el pan bajado del cielo, que os pueda dar la salud. Tocadle, comedle, gustadle con el candor de un niño, y seréis felices. Estrechaos alrededor del trono de la sobe-

rana majestad, porque en esa Víctima hallaréis alimento, amparo, paz y perfeccion. Ella os inflamará con los santos ardores de la caridad, y vendrá á aliviaros y confortaros cuando esteis en el lecho del dolor en vuestra última enfermedad. Ella os mostrará el camino del cielo, é introducirá vuestras almas en el piélago insondable de su gloria; que hará también trascender á vuestros cuerpos en la resurreccion general. ASÍ SEA.